

# *“Arraigados en Dios”*

*Para leer la Biblia con provecho*

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

*Tema: Investigado y anotado -  
Lucas informa como Jesús responde a la pregunta sobre  
la vida eterna (Lucas 10:25-37)  
(8 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.  
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## DÍA 1

### LUCAS 10:25-37

#### Una pregunta decisiva

La parábola del buen samaritano es uno de los pasajes más conocidos de la Biblia. Es fundamental conocer el contexto para poder comprender el mensaje de Jesús.

En los versículos anteriores nos hemos ocupado de lo que para Jesús significa la mayor alegría y motivo de júbilo:

- Las personas cargadas y trabajadas aceptan la gracia de Dios, su obra redentora en Jesucristo. Sus nombres se escriben en el cielo.
- A los sabios humanos que están convencidos de su propia sabiduría, Dios les oculta el camino al cielo.

De este segundo grupo, un hombre tomó la palabra, un maestro de la ley, un experto en la piedad judía. Su tarea consistía en enseñar al pueblo cómo debía entender y aplicar la ley. Lucas menciona sin rodeos su motivación: “para tenderle una trampa a Jesús” (v.25a).

Probablemente este escriba quería mostrar que Jesús no tenía ni idea. Por eso le pregunta de manera hipócrita, para ponerlo en evidencia con su respuesta: “‘Maestro’, preguntó, ‘¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?’ (v.25b). Deberían haberle dicho: ¡No juegues con Jesús! No le llames “maestro”, si no quieres aprender de Él.

La pregunta de este maestro de la ley, que aquí no es honesta, es la pregunta decisiva para todo ser humano. ¿Nos hemos planteado ya con *sinceridad* la pregunta sobre la vida eterna? A más tardar en la hora de nuestra muerte, la respuesta a esta pregunta será relevante: ¿A dónde voy? ¿Estoy en paz con el Dios santo? ¿Se ha convertido Él, a través de la fe en Jesús, en mi Padre, que se alegra cuando voy a Él? (Comp. Lc. 15:3-10,20-24.)

Solo Jesús, el justo Hijo de Dios, puede representarme ante Dios en la hora de la muerte (comp. Lc. 23:42,43; Jn. 5:24). Y si Jesús nos concede su vida eterna desde nuestra *juventud*, toda nuestra vida transcurre de manera diferente (Ecl. 12:1)

## Día 2

### LUCAS 10:25-29

#### La cuestión de la participación propia

Nos ocupamos con la pregunta de un experto en piedad judía. La forma *en que* planteó la pregunta revela su actitud: “¿Qué debo *hacer* yo, para obtener la vida eterna?” (v.25b). Esto corresponde a la doctrina y forma de pensar judía (Mt. 19:16; Jn. 6:28; Hch. 2:37).

“Antes de juzgarlo, debemos reconocer que detrás de ello hay una seriedad de la vida y un temor a Dios que el hombre moderno ha perdido a menudo” (G. Maier). Sin embargo, por otro lado, debemos constatar, “que en nuestro entorno europeo neo pagano, incluso en las iglesias, se *apuesta alegremente por la acción*” (G. Maier). Qué más fácil parece a los hombres complacer a Dios con decencia, bondad y buenas obras que simplemente admitir: Yo no puedo ganar puntos ante Dios. “No tengo nada que ofrecer, ¡todo, eres tú, Señor!”\*

Si preguntamos a la Palabra de Dios, especialmente al Nuevo Testamento, sobre nuestras *acciones* o nuestra *participación* en relación con la vida eterna, recibimos una respuesta inequívoca: “*Todo* el mundo ha sido declarado *culpable* ante Dios. Porque ni siquiera el cumplimiento de las disposiciones legales hace que el hombre sea justo ante Dios. Más bien, la ley conduce al reconocimiento del pecado de uno. Pero ahora, independientemente de la ley, pero en armonía con las declaraciones de la ley y los profetas, Dios ha hecho visible su justicia. Es una justicia basada en la fe en Jesucristo, que beneficia a todos los que creen ... y que son declarados justos por la gracia” (Ro.3:19b-22,24 trad. libre).

El experto en tradiciones judías recibió, a pesar de su intención injusta, una respuesta detallada de Jesús. Jesús no se deja atrapar. Al contrario: Él atrapa al interrogador con amor con su conocimiento (Lc.10:26). Quiere ganarlo (1.Ti. 2:4-6).

\*Canción: “Estrella a la que miro“ (estrofa 3) de Cornelius Friedrich Adolf Krummacher (1824-1884), teólogo reformado y compositor de canciones.



---

---

---

## DÍA 3

### LUCAS 10:26-28

#### La contrapregunta

El experto en cuestiones legales fue recordado por Jesús de su conocimiento con una contrapregunta de lo que podía citar “de memoria”: “¿Qué está escrito en la ley?” Teológicamente correcto, resumió aún más en su respuesta la ley del Antiguo Testamento, que se concentra en los Diez Mandamientos. Citó el doble mandamiento del amor: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (comp. Dt. 6:5; Lv. 19:18). Sin duda, Jesús se alegró de esta respuesta. La aprobó plenamente. Él mismo utilizó estas dos citas como resumen de la ley y los profetas (Mt. 22:37-40; Mr. 12:29-31).

“Haz esto, y vivirás”, añadió Jesús. Amar a Dios en todo momento, sin cesar, con todo lo que eres y tienes, sin reservas, y amar a tu prójimo: eso es lo que Dios quiere. Con esto alcanzarás la meta celestial. Así se lo había dicho Dios al pueblo de Israel a través de Moisés: “Observen mis estatutos y mis preceptos, pues todo el que los practique vivirá por ellos”. “Maldito sea quien no practique fielmente las palabras de esta ley” (Lv. 18:5 NVI; Dt. 27:26a NVI; comp. Jn. 5:39; Ro. 10:5).

Es sorprendente que este escriba diera a Jesús la respuesta correcta según la Escritura, pero no fuera capaz de aplicarla a su propia vida. ¿No nos pasa lo mismo a veces? Su reacción debería haber sido de espanto: Señor, no he cumplido la ley tal y como tú exiges: a menudo no he celebrado el culto por amor a ti, he murmurado en lugar de darte gracias, he tergiversado las palabras, he codiciado lo que pertenece a otros, ...

La ley debe ser el espejo en el que reconocemos nuestra incapacidad para hacer la voluntad de Dios (Ro. 3:20b). Este reconocimiento quiere impulsarnos hacia Jesús.



---

---

---

## Día 4

### LUCAS 10:29-37

#### La pregunta por el prójimo

En la sección de ayer, observamos que en realidad, el maestro de la ley debería haberse asustado por su propia respuesta al darse cuenta de que había sido descubierto. Pero sucedió todo lo contrario: él quería justificarse; por eso preguntó a Jesús: “¿y quién es mi prójimo?” (v.29). Justificarse es señal de sentirse afectado y, en muchos casos, de tener mala conciencia. Esto suele llevar a la autodefensa.

El escriba había aprendido: Mi prójimo es mi familia, los miembros de mi sinagoga, mis compatriotas, así lo dice la ley (Lv. 19:18). Maestro, ¿y a quien te refieres? Lo mucho que le importaba Jesús al que le preguntaba se refleja en el hecho de que le respondió con una historia magnífica y conmovedora. Hasta hoy se conoce como “la parábola del buen samaritano”.

Jesús elige como escenario de los hechos el solitario y sinuoso camino que baja de Jerusalén hacia Jericó, prometiendo éxito para ladrones y salteadores, también conocido como el “camino sangriento”. Muchos habían perdido aquí todos sus pertenencias, su integridad física, o incluso la vida. Jesús se refiere inmediatamente a la víctima. Sin nombre, sin origen, simplemente “un hombre”. Uno como usted y como yo. Asaltado, golpeado, despojado, medio muerto. Las heridas abiertas hablan de gran brutalidad. ¿Un ejemplo extremo? En absoluto, los asaltos ocurren todos los días y en todas partes. Las noticias repentinas y aterradoras de la familia o del círculo de amigos también pueden ser como asaltos. Los golpes también pueden ser verbales y ser robado puede experimentarse como un proceso gradual. Cada uno de nosotros puede “caer en manos de ladrones”. Quien ha recibido ayuda se siente agradecido. Y la verdadera gratitud se manifiesta cuando uno mismo se convierte en “samaritano” para los demás (Mt. 7:12).

Es eso lo que Jesús quiere decir. Él mismo sirvió a los hombres como buen samaritano: quiere ganarnos también a *nosotros*, como en aquel entonces a sus contemporáneos, para imitar a Dios y a Él: “Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc. 6:36; comp. Jn. 13:15; 1.P. 2:21).

## Día 5

### LUCAS 10:30,31

#### La pregunta por el ayudante

¿Cuánto tiempo llevaba ese hombre medio muerto tirado al borde del camino? Las horas pueden convertirse en una eternidad. ¿Era de esperar *que* viniera alguien? Por fin el hombre oyó pasos. Un milagro en esta soledad. La esperanza brotó en su interior. El que se acercaba era un clérigo, un sacerdote. Probablemente venía del servicio\* en el templo y se alegraba de terminar su jornada. Cuando le vio, “se desvió y siguió de largo” (v.31b NVI)

Los comentaristas bíblicos han encontrado muchas razones para este comportamiento. Algunos hablan del miedo a la impureza ritual, otros del cansancio tras el servicio, y algunos también de la presión del tiempo. Que cercanas nos resultan estas explicaciones cuando nos encontramos de improviso con la miseria. Lo decisivo no es la plausibilidad de la excusa. Decisivo es, que aquí se trata de una *omisión del deber de socorro*. Esto significa ver la necesidad de otra persona pero no ayudarla. Santiago lo expresa con claridad: “Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Stg. 4:17; comp. Mt. 25:41-45; Lc. 12:47). ¿Podría ser que hoy tengamos que pedir perdón por esto?

En el relato un levita\*\* sigue al sacerdote en el camino solitario: “Un sirviente del templo se comportó de la misma manera. Vio al hombre herido, no se paró y se fue” (Lc. 10:32 trad.libre). El vino del templo como el sacerdote. ¿Se había olvidado que en la lectura de las Escrituras, en las alabanzas y en los sacrificios se había encontrado con el Dios misericordioso? (Comp. Ef. 2:4a; Stg. 5:11b). Para nosotros, no hay señal más fuerte de la misericordia de Dios que la cruz de su Hijo (comp. Sal. 103:8-13; Fil. 2:8; Tit.3:4-7; He. 2:17). Quien cree en Su muerte vicaria como rescate de toda culpa para sí personalmente, no puede actuar diferente que ser misericordioso con los demás.

\*Muchos sacerdotes y levitas vivían fuera de Jerusalén. Acudían al templo en los turnos de servicio que les tocaba por sorteo (comp. Lc.1:8,9)

\*\*Levitas son descendientes de Leví. Dios destinó a esta tribu al servicio del templo. Por eso, cuando se repartieron las tierras, no recibieron ningún territorio propio para cultivar, sino que eran mantenidos por las otras tribus (Dt. 10:8,9).

## DÍA 6

### LUCAS 10:31-33

#### La cuestión de la importancia de nuestras acciones

Martín Lutero resumió el comportamiento de los dos transeúntes de esta manera: “Quien pasa de largo ante su prójimo, *también pasa de largo ante Dios*”. Jesús lo expresa de manera similar: “De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, *tampoco a mí lo hicisteis*” (Mt. 25:45). El alcance de nuestra acciones o de nuestra inacción es aterrador. Ninguno de nosotros quiere conscientemente dar la espalda a Dios, y sin embargo, a menudo olvidamos la dimensión de nuestro comportamiento hacia los demás. Esto también afecta a nuestra relación a Dios. Pidamos al Señor, que nos ayude a verlo en las personas que se cruzan hoy en nuestro camino.

Leemos sobre un tercer viajero en el camino solitario a Jericó: un samaritano. Así, después de dos representantes de la ley, Jesús menciona precisamente a un hombre que era despreciado por los judíos. “Los judíos se consideraban a sí mismos descendientes puros de Abraham, mientras que los samaritanos eran un pueblo mestizo que había surgido tras la caída del reino del norte de Israel a raíz de los matrimonios mixtos entre judíos y otros pueblos”. (Biblia de estudio)

Del sacerdote y del levita se dice: “y cuando le vio, *pasó de largo*”, mientras que del samaritano se dice: “cuando le vio *fue movido a misericordia*” (v.33b). Jesús describe esta reacción con las mismas palabras con las que se refiere a sí mismo en otros casos (lea Mt. 9:36; 20:34; Lc. 7:13). Cuando algo nos compadece, es una profunda conmoción del corazón, un auténtico sufrimiento con el otro (comp. Jue. 2:18; 10:16; Jer. 8:21; Jon. 4:10,11; Lc. 15:20). Aceptamos esto gustosamente para nosotros mismos. Pero hagamos como nuestro Señor: demos hoy a nuestro prójimo compasión y empatía. Surge del amor ágape, que Jesús mismo vivió y derramó en nuestros corazones (Ro. 5:5).

Johannes de Heer nos motiva: “Donde veamos a enfermos, cansados, sin paz, queramos estar a su lado para servirles”

(Johannes de Heer (1866-1961), evangelista y compositor neerlandés)



## Día 7

LUCAS 10:34,35

### La cuestión del manejo de los límites

Después de que su corazón hubiera hablado, se dice del samaritano: “se acercó a él” (v.34a). No se mantuvo a distancia. No tenía miedo al contacto físico. Miró detenidamente. Se dejó detener en su camino. Todo esto lo conocemos de Jesús, el divino samaritano. Él se detuvo con Bartimeo, con la viuda de Naín, con Zaqueo y con muchos otros (Mr. 10:49; Lc. 7:14; 19:5). Quizás nos encontremos en una situación donde no podamos detenernos por falta de tiempo. En ese caso, la misericordia puede consistir en *delegar* los primeros auxilios o, si corresponde, concertar una cita para una entrevista de ayuda. Mirar hacia otro lado y pasar de largo no es una opción.

Se le prestó primeros auxilios con mucho cariño. Por lo general las heridas se desinfectaban con vino y se utilizaba aceite para aliviar el dolor. Para vendar las heridas se necesitaba paños. En el relato, el samaritano estaba perfectamente equipado para prestar esta ayuda. El intérprete Gerhard Maier supone que se trataba de un comerciante que estaba de viaje.

Los primeros auxilios continuaron inmediatamente: “Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó” (v.34b NVI). El samaritano lo dio todo. No calculó ni el tiempo ni el material, ni los gastos de alojamiento. Y entonces se hace evidente un límite. Quizás al día siguiente se vio presionado por el tiempo. “Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. ‘Cuídemelo’ – le dijo- ‘y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva’” (v.35 NVI).

Jesús muestra aquí cómo se puede afrontar los límites de las propias posibilidades. Para el samaritano el dueño era una persona de confianza, a la que, como era natural, consideraba co-responsable. Y este asumió la responsabilidad.



---

---

---

---

## Día 8

### LUCAS 10:36,37

#### La pregunta de quien me necesita

Al final de esta historia tan ilustrativa, Jesús retomó la pregunta del escriba. Sin embargo, le dio la vuelta: “¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” (v.36 NVI). “Ya los primeros intérpretes se dieron cuenta de que Jesús partía de *la persona necesitada*. ¿Quién será el prójimo de la persona necesitada? Esto significa el deber de ponerse en el lugar de la otra persona. Pero, al mismo tiempo, quien puede ayudar debe *ver* al necesitado como su prójimo. Así que la cuestión es muy simple: mi prójimo es aquel que me necesita. ... Se trata de que el necesitado es mi prójimo y, por lo tanto, el que ha prestado ayuda y ha mostrado misericordia se ha convertido realmente en este prójimo” (G. Maier).

Después de que el escriba sacó la conclusión correcta de la historia, Jesús lo despidió como solía hacer. Le despidió con una instrucción: “Anda entonces y haz tú lo mismo” (v.37b NVI; comp. Mr. 5:19; Lc. 10:28; Jn. 5:8; 8:11). El experto en la ley habría caído víctima de un gran malentendido si hubiera entendido las palabras de Jesús como una apelación a su humanidad. En los genes humanos no existe una misericordia tan perfecta como la que el samaritano ejerció hacia el hombre asaltado. ¿Por qué, entonces, Jesús exige tal acción? Una vez más, le pone “el espejo” delante al escriba (comp. vs.26-28). ¿No debería, *a más tardar ahora*, admitir: No puedo hacerlo? (Ro. 3:10-12). *Su* respuesta no la conocemos. Ahora se nos pregunta a *nosotros*.

Nuestra incapacidad para tratar al prójimo con profunda misericordia debe empujarnos a los brazos de Jesús, al único y verdadero buen samaritano (Sal. 103:8; Lm. 3:22,23; Tit. 3:5). Con Jesús, la misericordia, *Su misericordia*, entra en nuestras vidas. Y hoy podemos practicarla con nuestro prójimo (Mt. 18:27,33).



---

---

---